

LA RESTAURACIÓN DE MANUEL AZAÑA

Quizás no haya en la historia política de España una figura política que haya querido dejar un autorretrato tan completo como la de Manuel Azaña. Resulta así verdaderamente irónico que todavía hoy —a más de medio siglo desde su muerte— no pueda verse al Presidente Azaña de cuerpo entero. En lo cual se transparenta, por supuesto, la enormidad trágica de la España de este siglo, el más cruento de su historia toda. Porque ni siquiera la muerte —en el siniestro otoño europeo de 1940— cumplió en su caso la función perfiladora que le asignan poetas e historiadores. “¿Quién era Azaña? ¿Cómo era?” se preguntaron algunos de sus más cercanos colaboradores políticos de la expatriación republicana. Además las últimas horas de su vida fueron utilizadas —y siguen siendo explotadas— para pretender desvirtuar la clara heredad de su integridad espiritual. Es, por lo tanto, reconfortante que desde el año de su centenario (1980) haya empezado aquí, en esta península —y en su Alcalá de Henares natal— un esfuerzo restaurador de la figura del Presidente Azaña: expresión, desde luego, de la nueva democracia municipal española. Mi propósito esta tarde es relatarles (sin abrumarles con demasiados datos) cómo se ha restaurado la figura de Manuel Azaña desde la preparación de sus *Obras completas* hasta nuestros mismos días: o sea, los treinta años, 1964-1994. Este relato me permitirá, sobre todo, dejar constancia precisa de mis propias deudas —como compilador de las incompletas obras del Presidente— y

Me es muy grato reiterar mi agradecimiento a la Casa de la Cultura de San Lorenzo de El Escorial (y en particular a doña Concha Calonge), por su invitación a participar (con la primera versión de esta conferencia) en la “Semana Literaria” de septiembre de 1994, dedicada a la vida y obra del Presidente Azaña. El texto ahora impreso es el de una conferencia en el “Aula Anthropos” (noviembre 1994) de Barcelona y me es también muy grato dejar constancia de mi agradecimiento a Ramón Gabarrós y a sus colegas de *Anthropos*, por su invitación.

señalar carencias que han impedido conocer todos los componentes del autorretrato tan cuidadosamente pergeñado por su autor.

“Quiero proponerle un tema para su tesis doctoral: Manuel Azaña” —me decía don Jorge Guillén, el 8 de junio de 1947, en el sencillo almuerzo de mi boda con Soledad Salinas, en Baltimore (Estados Unidos). La conversación que siguió con don Jorge (en el Club del Profesorado de la Universidad “Johns Hopkins”, donde era catedrático Pedro Salinas) fue el punto de partida de mi dedicación *azañista*, aunque no empezó propiamente hasta 1956, cuando solicité una “beca” (o *Fellowship*) a la Fundación Guggenheim de Nueva York, para preparar un estudio, en dos volúmenes, sobre Manuel Azaña. Profesaba yo entonces en la única universidad femenina de los Estados Unidos, Bryn Mawr College, donde era catedrático de filosofía José María Ferrater Mora el pensador catalán más importante de la historia intelectual hispánica moderna y el más alto ejemplo de laborar universitario de la comunidad española asentada en las Américas desde 1939. Y al ser consultado por su compatriota catalán, José Virgili, sobre un importante proyecto de la editorial que él regentaba en México —las *Obras completas* del Presidente Azaña—, José María mencionó al director de las Ediciones Oasis que como yo acababa (primavera de 1957) de recibir la “beca” Guggenheim aludida, quizás fuera el investigador universitario más indicado para emprender la edición *azañista*. Muy poco tiempo después don José Virgili me telefoneó desde México para ofrecerme el cargo de dicha tarea, asegurándome que Ediciones Oasis no repararía en invertir las sumas necesarias para publicar las *Obras completas* del Presidente Azaña con el rigor textual y la dignidad tipográfica que merecían. Muy conmovido por la oportunidad providencial —gracias a Ferrater— que se me hacía, acepté el encargo de Virgili, aunque me sentí obligado a poner una delicada condición excluyente: la de vedar la intervención en las tareas editoriales del cuñado del Presidente, Cipriano Rivas Cherif (a la sazón residente en México), que había anunciado hacía algún tiempo una nonata edición de obras completas de don Manuel. No debo añadir más

sobre los motivos que me parecían imperiosos para aquella exclusión, que me fue garantizada de inmediato por don José Virgili: aunque sabía él, sin duda, que requeriría el ejercicio de todo su considerable tacto con la viuda del Presidente.

Un suceso favorable para mi carrera universitaria —la publicación, en Barcelona, por la editorial Seix-Barral, de mi primer libro (*La voluntad de estilo*, 1957)— tuvo como consecuencia adicional mi nombramiento de catedrático en la Universidad de Harvard (1958). Conté así, para mis trabajos azañistas, con los recursos excepcionales de la gran biblioteca de Harvard, la mejor, entre las universitarias, de todo el mundo. Recursos que ya pude aprovechar en el primer semestre de 1959, cuando estuve con licencia para iniciar la compilación de los escritos y discursos del Presidente Azaña. Y en el verano de 1959 pude visitar en el sur de Francia a dos leales *azañistas* —don Amós Salvador y don Carlos Montilla— que encarnaban la continuidad histórica del liberalismo español. Continuidad que tenía sus nuevos representantes en los españoles que como el profesor Enrique Tierno Galván (azañista a su modo) mantenían la fe en la restauración de la democracia española. Regresé así a Harvard y a mi *celda* de la Biblioteca Widener, con la convicción de que mis investigaciones azañistas no eran solamente una empresa de reconstrucción histórica: Azaña tenía también una significación *futurible*. Sentimiento dominante, por supuesto, en los miles de españoles republicanos residente en la Ciudad de México desde 1939: y allí pasé el verano de 1960, conociendo entonces personalmente a don José Virgili y a doña Dolores Rivas Cherif la viuda del Presidente Azaña que me facilitó (en forma algo arbitraria) libros y documentos inéditos de patente importancia. No se habló, sin embargo, del texto confiado a Ediciones Oasis de la transcripción hecha por algún familiar de doña Dolores, de las llamadas *Memorias* del Presidente. Pude consultarlo, concluyendo tras una rápida lectura que la mera evidencia interna mostraba que se trataba de una versión infiel de los *Diarios* de Azaña. Aconsejé, así, a don José Virgili

que habría que obtener una copia fotográfica del manuscrito original, lo cual requeriría el ejercicio de toda su habilidad diplomática.

Hemos de retrotraernos ahora a 1937 y a un episodio harto doloroso para el Presidente Azaña. Recordemos que a mediados de octubre de 1936 el gobierno republicano –presidido por el dirigente sindical socialista, Francisco Largo Caballero– consideró que la situación militar al oeste de Madrid hacía temer que los ejércitos *rebeldes* pudieran apoderarse de la capital española. Varios ministros aconsejaron trasladar la sede gubernamental a Valencia, aunque el presidente Azaña favorecía hacerlo a Barcelona. Y, aquí, efectivamente, se instaló la Presidencia de la Segunda República hasta mediados de 1937. Don Manuel trajo consigo una parte considerable de sus papeles personales: sobre todo (para nuestro propósito) el Presidente cuidó muy particularmente de salvar los cuadernos de sus *diarios*, destinados a permitirle redactar unas eventuales memorias. Y temeroso de que algo pudiera suceder a los *diarios* determinó enviarlos a un lugar seguro fuera de España: concretamente a Ginebra, donde su cuñado (Cipriano Rivas Cherif) tenía a su cargo el Consulado General de España. Aunque el trayecto entre Barcelona y Ginebra ofrecía un obstáculo muy peligroso, pues la frontera con Francia estaba en manos de las milicias anarquistas que ejercían su control en forma totalmente arbitraria. La señora de Azaña decidió, sin embargo, ser ella misma la encargada de esta delicada operación. No puedo precisar cuándo salió para Ginebra (ni ella lo recordaba al hacerme su relato) pero conjeturo que debió ser a finales de 1936 o a principios de 1937, cuando la frontera catalana con Francia empezaba a mostrar cierta normalidad. Así doña Dolores Rivas Cherif se encaminó hacia la temible frontera, tras encajar” entre el cuerpo y su faja, los *diarios* del Presidente. Los milicianos anarquistas (que veían seguramente a Azaña como un enemigo) exigieron a doña Dolores que descendiera del “Mercedes” presidencial para someterse al cacheo de rutina. Mas doña Lola alegando su condición de esposa del Presidente de la República se negó, consiguiendo entrar en Francia con su valioso *tesoro*, que entregó a su hermano en Ginebra.

Lo sucedido entonces a los *diarios* de Azaña podría calificarse de episodio cómico, si no fuera por todas las consecuencias que tuvo —y que sigue teniendo!— para la España que defendía sus instituciones democráticas en la Europa siniestra de entonces. Justamente, allí mismo, en Ginebra, en la patética Sociedad de las Naciones, los delegados de la Segunda República de España batallaban (en verdad) por *despertar* a la Europa Occidental que había optado por la suicida *No Intervención*. Pues bien, resulta sumamente paradójico que en aquella Ginebra —que el Presidente Azaña veía como un refugio seguro para sus *diarios*— el Cónsul General de España (que lo era exclusivamente por ser su cuñado), Cipriano Rivas Cherif, iniciara unas veladas para el personal consular y otras personas, que consistían en lecturas comentadas de fragmentos de los *diarios* del Presidente. Abreviemos lo que siguió: el vice-cónsul (Antonio Espinosa) deseaba sumarse a los numerosos diplomáticos españoles que desde julio de 1936 habían ofrecido sus servicios a los sublevados. La defección de Espinosa —en la primavera de 1937— era, así, un tanto tardía, y le era indispensable contar con un aval de peso al llegar a Irún camino de Burgos. Lo obtuvo muy cómodamente: robando varios *cuadernos* de los *diarios* del Presidente Azaña que el cónsul guardaba en un cajón de su mesa. Tras la llegada de Espinosa a Burgos comenzaron a aparecer en el *ABC* de Sevilla —entre agosto y noviembre de 1937— abundantes fragmentos de los *diarios*, que dos años después el conocido libelista, Joaquín Arrarás, agruparía en el libro *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939. Además, en una hábil acción de “guerra psicológica”, varios destacados políticos republicanos recibieron fotostáticas de pasajes de los *diarios* referentes a ellos, y nada favorables a diversos rasgos de sus personas. Uno de ellos —don Indalecio Prieto, a la sazón Ministro de Defensa— me relató una escena verdaderamente singular: la originada en un consejo de ministros presidido por don Manuel, cuando al llegarle su turno comenzó su intervención por la lectura de la fotocopia relativa a él mismo. El Presidente palideció visiblemente (me contaba Prieto, en

México, en 1960) y se apresuró a negar la autenticidad del texto suyo en cuestión.

Saltemos ahora a 1968, cuando apareció en México el volumen IV de las *Obras completas* del Presidente Azaña, el de las llamadas *Memorias políticas y de guerra*. En mi prólogo omití toda referencia al triste episodio de Ginebra, dejando de explicar, por tanto, los huecos patentemente observables en los *diarios* de 1932 y 1933: quise así evitar a la viuda del Presidente el revivir lo sucedido treinta años antes. Mas, pronto, entre los lectores de las *Obras completas*, hubo comentarios sobre los “huecos” aludidos, y más particularmente sobre el número de *cuadernos* robados por Antonio Espinosa. Uno de estos lectores me conmovió por la intensidad de su voluntad de intentar averiguar el paradero de los *cuadernos* robados en Ginebra: se trataba de don Jesús Pabón, director de la Academia de la Historia. Consultó, así, al general Castañón de Mena, entonces Ministro del Ejército, y durante muchos años, alto funcionario de las oficinas en El Pardo del general Franco. Según me relató Pabón, la reacción del general Castañón tras ser enterado del episodio de Ginebra fue la de un indignado burócrata estatal: “¡Que un subordinado se haya atrevido a robar a un superior!”. Pero, sobre todo, el general Mena aseguró a Pabón que los *diarios* de Azaña habían estado en El Pardo, y suponía que allí seguían. Noticia que determinó a Pabón solicitar audiencia con el general Franco para pedirle que los *cuadernos* de Azaña fueran depositados en la Academia de la Historia como muy valiosos documentos históricos españoles. Pabón contaba con obtener la audiencia rápidamente —según me decía, en una conversación con él, en Madrid, en 1970—, pues, nunca había pedido “nada” al general Franco, a quien conocía desde 1929, cuando dirigía la Academia Militar General de Zaragoza (donde él, Pabón era catedrático de la Universidad aragonesa). La audiencia le fue concedida fácilmente y don Jesús me telefoneó para vernos a su término, esperando darme alguna buena noticia. Cuando fui a verle, Pabón estaba consternado, aunque sin poder refrenar un sentimiento de haber vivido un trance esperpéntico. Porque tras escuchar, atento y silencioso,

la petición que le hacía Pabón en relación con los *cuadernos* robados de Azaña, el general Franco le dio una respuesta que era en sí una enigmática pregunta: “¿Es usted Pabón?” (y ahí terminó la audiencia). Por supuesto, la interrogación tenía varias posibles interpretaciones (sin excluir la utilización de una senilidad más hábil que real), pero para don Jesús podía “traducirse” así: “¿Es posible que el muy monárquico Pabón que yo conocí en Zaragoza venga a ponderarme los papeles de Manuel Azaña?”.

Diez años (1970-1980) pasaron sin que se pudieran hacer nuevas averiguaciones sobre el paradero de los *diarios* hasta que en 1980 un diputado socialista (más tarde presidente de Parlamento europeo) Enrique Barón pasó una tarde conmigo, en una visita suya a la Nueva Inglaterra, y al hablar del Presidente Azaña le repetí el relato de Pabón. Me aseguró que en cuanto estuviera de nuevo en Madrid haría una interpelación al gobierno de Adolfo Suárez sobre el archivo de El Pardo y más específicamente sobre los *diarios* de Azaña. Y así lo hizo, mas tampoco hubo respuesta por parte del gobierno de UCD, ya que era patente que no interesaba (en tiempos de la *dizque transición*) plantearse cuestiones de orden histórico que pudieran alterarla.

Aunque aquel año de 1980 marcó el comienzo efectivo de la restauración histórica del Presidente Azaña, en esta península natal suya: así el Ayuntamiento de Alcalá de Henares (de mayoría socialista) se *topó* con el significado de la fecha y se precipitó a poner una placa en la casa natalicia de Azaña, que había recuperado su familia después de una larga ocupación falangista. Mas la aludida *transición* no pudo impedir que la placa fuera rota y que aparecieran pintadas ofensivas en las paredes de Alcalá de Henares. Aunque en la villa del complutense más importante, desde Cervantes, en la historia y la cultura de España, se preparaba entonces un volumen de homenaje internacional que sigue siendo el mejor estudio colectivo sobre Manuel Azaña: aunque Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano no tuvieron el apoyo periodístico que su espléndido volumen merecía. Coincidió, además, su presentación con la simultánea del libro de Josefina Carabias (*Los que*

le llamábamos don Manuel), que contó con la destacada participación del entonces jefe de la oposición parlamentaria, Felipe González. Fue entonces que otro socialista —el singular alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván— patrocinó la primera celebración oficial española del nacimiento de Manuel Azaña, con tres veladas en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, los días 25, 26 y 27 de noviembre de 1980. Mas aquellas veladas se apoyaron en el trasfondo madrileño de un excepcional acontecimiento teatral: la representación en el Teatro Bellas Artes —desde su clamoroso estreno la noche del 5 de noviembre de 1980— de la dramatización del “diálogo” de Azaña, *La velada en Benicarló*, hecha por José Gabriel y Galán y José Luis Gómez. Al llegar yo a Madrid el 23 de noviembre —para participar en el homenaje del Ayuntamiento recién mencionado— y acercarme al atardecer al Teatro Bellas Artes me conmovió profundamente ver la larga cola ante las taquillas del teatro. Y gracias a la siempre atenta amistad de José Luis Gómez pudimos asistir (Solita y yo) a la representación de aquel 23 de noviembre de 1980: así, cuando hablé, el día 25, en el Centro Cultural me sentí fortalecido por la noche del 23 en el Bellas Artes, por aquel auditorio de españoles transidos de una emoción silenciosa que en muchos se vertía en lágrimas incontenibles al bajar el telón.

Volvamos de nuevo a 1960 —cuando la figura de Azaña seguía en un limbo histórico español— del cual intentaban rescatarlo los buenos propósitos de don José Virgili y Ediciones Oasis de México: mas al llegar la noticia del proyecto de *Obras completas* del Presidente a Madrid, sus familiares residentes en España se aprestaron a impedirlo mientras no se reconociera su condición de herederos parciales de los derechos de autor. Así empezó una penosa negociación cuyos detalles y fases me fueron desconocidos: sólo supe, en 1964, que el proyecto azañista de Ediciones Oasis salía de su atascamiento y, por lo tanto, podía yo terminar de preparar el primer volumen de las *Obras completas*. No podía, sin embargo, trasladarme a esta Península y acudí a varios auxiliares, cuya colaboración me fue obtenida por el Instituto Internacional de Madrid (Miguel Ángel, 8). No se consiguió, sin

embargo, un texto que yo estimaba indispensable para el primer volumen: la tesis doctoral de Manuel Azaña defendida en 1900 en la Facultad de Derecho de la Universidad llamada entonces Central. El archivo universitario correspondiente la daba por perdida, como también sucedía con las de numerosos españoles coetáneos de Azaña. Al comentar esta carencia con un buen amigo español —que hacía su propia tesis doctoral en una universidad cercana a Harvard— me ofreció su experiencia como explorador de la que podríamos llamar “España inédita”: mi amigo era el especialista en historia intelectual española, Rafael Pérez de la Dehesa, trágicamente fallecido en Madrid en 1972. A él debo más que a ningún otro colega una colaboración en mis tareas azañistas siempre hecha con raro desprendimiento y con singular pericia investigadora. Así fue en el caso de la tesis doctoral de Manuel Azaña: porque Rafael decidió consultar el Archivo de Expedientes Universitarios, donde sí figuraba el de Azaña. Mas el archivero no le permitió examinarlo directamente, aunque le suministró los datos que Rafael buscaba. Lo cual hizo sospechar a Rafael Pérez de la Dehesa que dentro de la carpeta del expediente habría algún documento que el archivero quería ocultar. Aprovechando la hora del almuerzo, Rafael pudo persuadir al ujier de guardia que le permitiera entrar para examinar de nuevo el expediente de Azaña: ¡y allí estaba el manuscrito de la “memoria” doctoral, *La responsabilidad de las multitudes* (3 de abril de 1900)! Grande fue la alegría de Rafael y mayor la mía cuando me lo hizo saber inmediatamente: más pesarasas fueron para él, y para mí, los días siguientes a aquella milagrosa tarde madrileña. Pues al regresar al archivo para tratar de obtener una micropelícula de la tesis de Azaña el archivero dejó atribulado a Rafael con su respuesta: “¡aquella *memoria* doctoral no podía seguir en un expediente universitario!”. E inmediatamente la extrajo de la carpeta y la guardó en un cajón de su propia mesa.

Cuando supe todo esto se lo relaté al profesor Fainsod, director de nuestra biblioteca, la Widener Library ya mencionada, quien decidió dirigirse personalmente al Rector de la Complutense, puesto que era el

director de todas las bibliotecas y archivos de la universidad madrileña. Supe, además, por las siempre discretas averiguaciones de Rafael Pérez de la Dehesa que el archivero de marras —seguramente dominado por el pavor (u el odio) que motivaba en muchos españoles el nombre de Azaña— había llevado personalmente la memoria doctoral a su superior, el Rector. La carta del profesor Fainsod no recibió respuesta alguna, y tras esperar algunas semanas acudí al entonces (1966) Cónsul General de España en Boston, Víctor Sánchez-Mesas, quien se mostró escandalizado por el silencio del Rector y me aseguró que notificaría inmediatamente lo sucedido al director de Relaciones Culturales, Alfonso de la Serna (debo hacer un muy breve inciso en recuerdo de mi muy querido amigo Luis Villalba, cónsul español en Boston que me mostró, con creces, cómo él no *era* lo que *estaba*, para decidirlo en modo idiomático peculiarmente español). Por eso sentía yo que del lado del Ministerio de Exteriores podría venir quizás un gesto favorable en la cuestión Azaña. Y, efectivamente, una mañana de 1967 me telefoneó Sánchez-Mesas para darme una espléndida noticia: en la valija diplomática acababa de llegar de Madrid la micropelícula de la *memoria* doctoral de Azaña, obtenida por el propio Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Castiella, tras una sugerencia de don Alfonso de la Serna. Nada más darme Sánchez-Mesas la *memoria*, la hice transcribir —era, la caligrafía, muy clara pluma de amanuense— y fue incorporada al volumen tercero de las *Obras completas*, en curso de impresión en México. Todo aquel episodio me mostró además que la figura histórica de Azaña era respetada por españoles en quienes ya prevalecía —no obstante, ocupar cargos oficiales— un ánimo de coexistencia liberal.

Otro hallazgo de Rafael Pérez de la Dehesa —muy poco después de su descubrimiento de la tesis doctoral— fue el del epistolario de Azaña con su amigo alcaláino José María Vicario, que se extendía desde 1898 a 1929. No voy a relatar ahora cómo llegó a mis manos la micropelícula de las cartas conservadas por el fiel amigo de Manuel Azaña, mas sin duda alguna, *José María Vicario* merece el agradecimiento póstumo de todos los estudiosos y admiradores del

Presidente. También en 1967 (cuando se habían publicado los primeros volúmenes de las *Obras completas*) doña Dolores Rivas Cherif me sorprendió entregándome diarios personales y cuadernillos de apuntes correspondientes al período 1911-1928: habían sido llevados supuestamente a México por un viejo amigo que los conservaba en Francia. Dada la ausencia en las letras españolas de diarios íntimos, los de Azaña cobraban un valor literario e histórico excepcional, Y así el volumen tercero de *Obras completas* permitía conocer al Azaña anterior a su notoriedad histórica, mucho más cabalmente que a numerosos españoles de su generación, la de Ortega, la de 1914. Es más, no creo ser arbitrario si sostengo que ningún político español del primer tercio de este siglo (1900-1930), ha dejado un autorretrato intelectual equiparable al de Manuel Azaña. Cabe, además, conjeturar (como lo ha hecho el profesor Franco Meregalli) que los diarios iniciados por Azaña en 1931 —para redactar unas eventuales *memorias*— no hayan sido un *estreno* diarístico sino la continuación de otros *cuadernos* probablemente desaparecidos o todavía ocultos.

La importancia histórica de los diarios de *1931 a 1939* exigía, por lo tanto, que su reproducción impresa fuera absolutamente fiel. Manifesté así a don José Virgili que era obligado utilizar el manuscrito ológrafo original del Presidente Azaña, en posesión de su viuda. Gracias al tacto persuasivo del director de Ediciones Oasis accedió finalmente doña Dolores Rivas Cherif a permitir que se hiciera una fotocopia de los diarios, en presencia de don José Virgili y dos testigos más. Aquel volumen (el cuarto) de las *Obras completas* del Presidente Azaña se convirtió desde mediados de abril de 1968 en uno de los libros más buscados por numerosos españoles de la España transterrada en las Américas y aquí mismo: aunque no fue, por supuesto, autorizada por la censura caudillista. Pero en 1968 un número apreciable de lectores —que podían pagarse el alto precio clandestino de los cuatro volúmenes— lo adquirieron y comentaron. Está de más decir que muchos de aquellos españoles descubrieron entonces la intensidad del dolor de Azaña durante la guerra que asoló estas tierras de España.

Saltemos ahora a 1984, más precisamente al jueves 26 de enero de 1984. Aquella mañana cuando desayunaba en mi casa de Cambridge —acompañado por mi antiguo amigo, Carlos Caridad, hijo del general republicano Rogelio Caridad Pita, asesinado en 1936 en Ferrol— recibí una de las mayores alegrías de mi vida. Me telefoneaba el Ministro del Interior, José Barrionuevo, pidiéndome que me trasladara inmediatamente a Madrid para asistir a una rueda de prensa de manifiesta importancia para mí: porque se acababa de encontrar en la Escuela Superior de Policía, en la calle Miguel Ángel, 5, el archivo del Presidente Azaña que en julio de 1940, la Gestapo había confiscado en su residencia de Pyla-sur-mer, junto a Arcachon en la costa atlántica meridional francesa (recordemos que don Manuel y su esposa habían sido evacuados en una ambulancia por las autoridades francesas que les habían llevado primero a Vichy y luego a Montauban, donde falleció la noche del 3 de noviembre de 1940). Hay varias versiones sobre el itinerario del archivo de Azaña de Arcachon a Madrid —empezando por la de Cipriano Rivas Cherif que fue detenido por los nazis (acompañados de policías españoles) y llevado a Madrid— que no son pertinentes para nuestros propósitos: lo verdaderamente milagroso era el hallazgo del archivo en el edificio mencionado (hoy Dirección General de Policía), frente al Instituto Internacional donde tantas veces había tratado yo, con su personal bibliotecario asuntos de mis búsquedas azañistas. El archivo había sido ocultado allí por un director de la Escuela de Policía, paranoico autor de panfletos y libros persecutorios, Eduardo Comín Colomer, que utilizó seguramente el archivo de Azaña para sus siniestras acusaciones. Gracias a él, paradójicamente se conservaron los papeles del Presidente.

Debo confesarles que he sentido, desde aquella muy deferente llamada del Ministro Barrionuevo, que cometí un error considerable al no volar en el acto a Madrid. Tenía aquella mañana un examen de un curso con numerosos alumnos: y según el reglamento universitario de Harvard, un profesor encargado de curso no puede ausentarse en días de exámenes. Además, el lunes siguiente se iniciaba el segundo

semestre y tenía justamente que dar una clase para lo cual no podía obtener un sustituto: en suma, expliqué todo esto al Ministro (a quien me atrevo a suponer que le pareció extraño tal puritanismo universitario) y delegué en un amigo madrileño para acompañar a Barrionuevo en la rueda de prensa. Lo que importa, ahora, al hacerles este apresurado relato *no* es el perjuicio en cuanto azañista que resultó de mi ausencia: lo grave fue lo que sucedió después, lo que llamé en 1900 “el secuestro de Manuel Azaña”. Porque, contrariamente a lo que solicité al entonces Ministro de Cultura, Javier Solana, el archivo de Azaña fue “devuelto” (digamos así) a la viuda del Presidente, representada por su sobrino Enrique Rivas Cherif, que todavía lo tiene en su poder. Mi propuesta al ministro Solana era muy clara: los papeles del Presidente pertenecían al patrimonio histórico de España y deberían depositarse, inmediatamente, en el Archivo Histórico Nacional. Porque así ofrecían posibilidades de investigación a los jóvenes historiadores que deseaban trabajar (o estaban ya haciéndolo) sobre Azaña. Comprenden ustedes —lo sé— que todo ese relato es muy doloroso para mí: a la confiscación de la Gestapo ha seguido la de una familia que tanto ha debido a la restaurada democracia española. Mi indignación responde, ante todo, a un simple hecho: la restauración de la figura histórica del Presidente no será posible mientras no se recuperen los *cuadernos* robados en 1937 —si todavía existen en algún escondrijo *franquista*— y los valiosos manuscritos del archivo descubierto en Madrid en 1984.

Aunque puede decirse que José Luis Gómez —con la colaboración de José María Marco— ofreció una fiel imagen del Presidente en su singular monólogo *Azaña: una pasión española*, estrenado en el Teatro Nacional María Guerrero, el 29 de junio de 1988, que representaría también en varios países de las Américas de lengua española, además de hacerlo en muchas provincias peninsulares. Puede así decirse que José Luis Gómez ha sido el verdadero restaurador del Presidente para centenares de miles de espectadores en el mundo hispánico. Dos años más tarde, en el otoño de 1990, se iniciaron las conmemoraciones del

cincuentenario de la muerte del Presidente Azaña (en el terrible nocturno europeo de 1940), al filo de la media noche del 3 de noviembre. La primera conmemoración y quizás la más simbólica de la fortalecida democracia española, fue la de su villa natal, Alcalá de Henares. Porque fue, justamente una manifestación de la importancia que para Azaña debía tener la institución municipal de una democracia. De octubre a enero (de 1991) hubo en Alcalá actos diversos que culminaron en una exposición montada por Vicente-Alberto Serrano que, añadamos, ha sido cedida al Instituto Cervantes para recorrer las Américas de lengua castellana. La conmemoración más destacada fue, sin embargo, la del Ministerio de Cultura (regido entonces por Jorge Semprún) en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño: allí había sido elegido Presidente de la Segunda República, Manuel Azaña, el 10 de mayo de 1936. Allí —gracias al trabajo de José María Marco y su equipo— *estaba* el Presidente y su mundo histórico. Fue patentemente la mejor exposición de este género realizada en España. Y aunque estuvo presente el Ministro de Cultura, sorprendió, a muchos asistentes a su inauguración, que no hubieran acudido a rendir homenaje a la memoria del Presidente Azaña quienes ostentaban otros cargos gubernamentales más altos.

Debo confesarles que, para mí, la conmemoración con mayor intensidad emocional fue la de la Villa de Montauban, en las fechas del temprano noviembre de 1900 que correspondían exactamente al cincuentenario de aquellos días trágicos de 1940. No voy a relatarles los actos, que constituyeron, además, un hermoso ejemplo de convivencia intelectual de franceses y españoles: el volumen de la Casa de Velázquez de Madrid —la capital simbólica del hispanismo francés— *Azaña et son temps* (Madrid, 1993), contiene los textos de los trabajos leídos en Montauban por el grupo internacional de los *azañistas* más distinguidos de nuestro tiempo. Mas hubo algo en el cementerio de Montauban que quedará en la historia como lo que fue, esos sucesos que nunca más pueden repetirse. Allí estaban el Ministro de Cultura español y el embajador de España en Francia que depositaron sus

coronas con las cintas con los colores oficiales del Estado español actual, mas también, apartados, estaba un pequeño grupo de viejos (y pobres) exiliados españoles con su bandera tricolor, para siempre legendaria. Y cuando se retiró el grupo oficial de autoridades hispano-francesas, aquellos pobres exiliados se acercaron a la tumba del Presidente a rendirle su homenaje. Recordé, entonces, la lamentación de don Manuel algún tiempo después de llegar, en 1940, a Montauban, cuando decía a su mujer (mirando desde su habitación del *Hotel du Midi*) cuánto le gustaría bajar a la plaza para conversar con los españoles que allí solían reunirse. Añadía Azaña: “pero ellos no querrían hablar conmigo”. Mas los que allí quedaban en noviembre de 1900 sí quisieron mostrar la fidelidad —por quijotesca que fuera— que veía en el Presidente Azaña la imagen perdurable de una España humanitaria.